

**Noticia de una biblioteca particular
del siglo XIX:
la del abogado alicantino José García Soler
(1851-1910)**

Cecilio Alonso

UNED, Centro Francisco Tomás y Valiente, Alzira-Valencia

No es frecuente encontrar el catálogo de una biblioteca particular española del siglo XIX. El dueño de la que presento, José García Soler, fue un jurista que ejerció en Alicante a lo largo de treinta años, con notable participación en la vida artística, ideológica y mercantil de su ciudad, pese a lo cual su nombre no perduró en la memoria de sus paisanos. Nació en Aspe (1851) en una familia de panaderos. Estudió en Madrid música y leyes desde 1867. Entró en contacto con el krausismo en la Universidad Central, y frecuentó el Ateneo durante los primeros años del Sexenio¹. En mayo de 1872, interrumpió sus estudios para contraer matrimonio con la alicantina Margarita Gomis Orts, cuyo padre era un carretero lo bastante avisado como para dar instrucción escolar a sus hijas. Condicionado por su nueva situación civil, García Soler se dedicó a actividades comerciales y bancarias, hasta que en 1874 decidió completar su licenciatura en Derecho civil y canónico. Su bufete de abogado alcanzó en poco tiempo extraordinaria reputación tanto por los conocimientos de su titular como por su probidad y recta conciencia. Tuvo fama de negarse a aceptar demandas,

1. Fueron profesores suyos algunos krausistas, o simpatizantes del krausismo, como Francisco de la Pisa Pajares, Santiago Diego Madrazo, Benito Gutiérrez, el penalista Luis Silvela, Augusto Comas y Vicente de La Fuente. (Cfr. Manuel Rico García, *Ensayo biográfico bibliográfico de escritores de Alicante y su provincia*. Facsímil del manuscrito microfichado. Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert-Exc.^{ma} Diputación Provincial, s.a., t. V, pág. 497. García Soler mantuvo contacto con los hermanos Giner de los Ríos, pero sobre todo con Rafael María de Labra, de cuyas obras hay abundante muestra en su biblioteca, algunas dedicadas.

e incluso negocios muy prometedores, cuando no los encontraba justos. Su competencia profesional se tradujo pronto en una desahogada situación económica, con vivienda y despacho en el corazón de la ciudad. Al parecer, fue uno de aquellos espíritus realistas que supieron armonizar sus intereses materiales con sus aficiones artísticas y con la preservación de su pureza ideológica, sin prescindir de inquietudes sociales, inclinaciones espiritualistas y curiosidades científicas positivas, según desvela el catálogo de su biblioteca.

García Soler, que había sido republicano federal en su primera juventud, tras la restauración borbónica se inclinó hacia el progresismo. En 1879 contribuyó a la fundación del diario radical *La Unión Democrática*, en cuya fase inicial ejerció de editorialista en confrontación permanente con *El Graduador*, órgano del sector castelarista mayoritario en la provincia. Sus inquietudes políticas lo llevaron en 1881 a la presidencia del comité local del Partido Democrático, circunstancia que auspició contactos con periodistas correligionarios y destacados tribunos españoles, así como frecuentes viajes a Madrid. Fueron los momentos más brillantes de la vida pública del abogado, que organizó, el 4 de marzo de dicho año, un banquete republicano en el Teatro Principal, pronunciando un discurso ante 300 comensales llegados de toda España ². Pero su sensibilidad no estaba hecha para las intrigas de partido y, tan pronto se produjo la crisis de la fracción democrática en Biarritz con la separación de Montero Ríos, Martos y Echegaray, abandonó la política para buscar reposo en la vida doméstica y en su afición musical, sin renunciar a sus ideales progresistas ni renegar de Ruiz Zorrilla. Ocupó diversos cargos en la Sociedad Económica de Amigos del País y, en 1886, participó en el Congreso Jurídico Español celebrado en Madrid. En 1889 compró la primera red telefónica de Alicante ³, asociado a su amigo el músico Ernesto Villar. Su bienestar económico le permitió adquirir la propiedad de un edificio de tres plantas en el n.º 8 de la plaza de Isabel II, donde se instaló la familia mediados los años 1890 y donde montó su biblioteca, confeccionando los catálogos que constituyen fuente primaria de su biografía intelectual. En este mismo edificio había un amplio estudio destinado a veladas musicales en las que el anfitrión actuaba como pianista. Uno de los asistentes, el compositor Óscar Esplá recordaba con fruición que en una de ellas conoció al escritor Gabriel Miró ⁴.

En 1890 García Soler fue elegido decano del Colegio de Abogados y, como tal, le correspondió una vocalía permanente en la Junta de inspección, vigilancia y administración de las obras de la nueva cárcel de Alicante, asunto al que dedicó los últimos años de su vida. Su oposición crítica al proyecto

2. Véase « El banquete democrático », *La Unión Democrática*, Alicante, 8-III-1881, pág.^s 2-3.

3. Cf.: Manuel Rico García, *Ensayo biográfico bibliográfico de escritores de Alicante y su provincia*, op. cit., t. VI, fol. 761.

4. Óscar Esplá, « Evocación de Gabriel Miró » in: Antonio Iglesias (rec.), *Escritos de Óscar Esplá*. I. Madrid, Alpuerto, 1977, pág.^s 221-223.

de reforma de los tribunales propuesto en 1893 por el liberal Montero Ríos, que reforzaba el principio de autoridad, también dejó perceptible impronta en su biblioteca profesional ⁵.

En 1895, con el rebrote electoral republicano, volvió fugazmente a la política, esta vez como concejal, encabezando breves e intensos episodios reivindicativos que acabaron neutralizados por el alcalde conservador, Barón de Finestrat, con expedientes disciplinarios y suspensión de funciones ⁶.

En José García Soler se resumen con extrema dignidad personal las ilusiones y miserias ideológicas del liberalismo democrático español del XIX, siempre en defensa de los principios humanitarios de la revolución burguesa, pero sin renunciar al usufructo inercial de las « legítimas » ventajas materiales que les proporcionaban su fortuna y circunstancias profesionales. En los años de la Restauración canovista los individuos que desempeñaron tal función fueron tolerados a condición de que no traspasaran ciertos límites. Pacíficos ciudadanos, un punto raros, mantuvieron sus retos en el terreno del espíritu y de la ejemplaridad moral relativa ganándose el respeto de sus adversarios políticos, pero también contribuyendo a consolidar la credibilidad del ambiguo sistema en que vivieron.

La venta de la biblioteca

De la biblioteca de García Soler su descendencia hizo almoneda muy tardíamente. Las dos primeras generaciones de herederos –su hija Margarita García Gomis y sus nietos Margarita, Mariano y Carmen Sánchez-Ausó García– retuvieron la posesión de los libros en la casa familiar, plaza de Gabriel Miró, 7 (antigua Isabel II, 8), donde siguieron viviendo durante medio siglo. Hacia 1970, cuando el *boom* inmobiliario hizo presa de la ciudad turística, la casa se vendió y los restos, todavía muy importantes, de la colección se enajenaron con cierta urgencia. Con ellos se vendieron también dos libros rayados, complementarios entre sí, que contenían los índices de *Autores* y de *Títulos* de la biblioteca. En el primero de ellos, el comprador, Manuel Rey Gálvez, propietario de la Librería Lux, en la calle Mayor, 33, punteó con rotulador azul los 870 títulos adquiridos (el 57 por 100 del total de los registros), correspondientes a unos 680 volúmenes (el 10 por 100 de los cuales eran colecciones facticias).

El hecho de que no se puntearan en el *Índice de autores* algunos buscadísimos libros de asunto local hace suponer que la colección había sufrido algún expurgo previo por parte de amigos o familiares, aunque los volú-

5. Una colección de 15 folletos y exposiciones de diversos colegios de abogados españoles sobre este asunto se encuentra hoy en la biblioteca del abogado alicantino José Gilabert.

6. Archivo Municipal de Alicante, Cabildos, 194 (1895), folios 125 y s.^{gtes}.

menes más valiosos entraron en el lote principal adquirido por Rey. Si atendemos al punteado de los índices, el librero compró más obras literarias, políticas y filosóficas que jurídicas. Estas últimas debieron de venderse por otros conductos, dado que, en 2002, treinta años después de la liquidación, todavía se encontraban tomos sueltos de la *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, marcados en el lomo con las iniciales J.G.S., en el rastrillo dominical de la plaza del Ayuntamiento de Alicante. El proceso de destrucción vegetativa de una biblioteca puede ser más largo que el de su formación.

Nada se sabe de la copiosa biblioteca musical depositada en el holgado estudio con dos pianos, también recordado por Óscar Esplá. Esta sección no estaba registrada, ni fue ofrecida al librero. A la amistosa generosidad de éste, fallecido en 1992, debo la circunstancia de disponer de ambos índices, que me regaló hace veinticinco años en vista de mi interés ante aquella enigmática biblioteca, vendida por dos señoras mayores en el domicilio citado, de cuyo antiguo propietario sólo conocíamos las iniciales de su nombre y apellidos. Lo que el librero se vio forzado a deshacer en razón de su oficio, yo esperaba reconstruirlo virtualmente algún día, guiado por mi curiosidad.

Por ello me es muy grato el poder contribuir al presente homenaje aportando estas primicias al versátil dominio de la lectura privada que tanto ha interesado al profesor Botrel en sus investigaciones. Producto natural del Sexenio y de la Restauración, esta biblioteca viene a confirmar, entre otras cosas, su sospecha, formulada a propósito de la que perteneció al abogado madrileño José Pella⁷, acerca del incremento de la dimensión recreativa y de las traducciones del francés en las bibliotecas particulares de profesionales españoles a fines del XIX. Tenía Pella como complemento de sus libros profesionales 211 títulos de literatura (con 39 en francés, 14 traducciones en la misma lengua y 36 novelas españolas de Fernán Caballero y Antonio de Trueba, pero también de Emilia Pardo Bazán).

La biblioteca de García Soler, pese a su condición provinciana, era más rica y variada que la de su colega madrileño en el aspecto literario (247 novelas, de las que no menos de 16 eran originales en francés y 65 traducciones de esta lengua; del inglés apenas 7 traducciones, y 5 del alemán, a las que se sumaban alrededor de 190 obras teatrales – 80 traducciones – y unos 40 títulos de poesía en castellano). Acorde con el gusto realista de su propietario contaba con la abrumadora presencia de Galdós (43 títulos) y Clarín (17), pero también con muestras significativas de Valera, Alarcón, Pereda, doña Emilia y los jóvenes Blasco Ibáñez, Martínez Ruiz y Gabriel Miró, sin olvidar a una nutrida representación de los grandes autores franceses del siglo XIX, sin distinción de tendencias, desde Víctor Hugo, Chateaubriand

7. Jean-François Botrel, «Lectura privada y pública», in: Víctor Infantes; François López; Jean-François Botrel (dir.^s), *Historia de la edición y la lectura en España (1472-1914)*, Madrid, Fundación G. Sánchez Ruipérez, 2003, pág. 763.

o Lamartine, a Zola, Maupassant, Daudet o Bourget, incluidos Julio Verne y una frondosa colección de folletines.

En cualquier caso ni Pella ni Soler parecen ser muy representativos de los hábitos bibliotecarios de los profesionales españoles en los años de la Restauración y la Regencia, si hemos de dar crédito a cierto articulillo de autor desconocido, publicado en el diario madrileño *El Resumen* en 1888, muy preocupado por el papel que debía desempeñar la prensa en la tarea de implantación de la lectura doméstica entre profesionales y capas medias de la población:

Existen en Madrid, como capital de una nación que tuvo un gran movimiento intelectual en otras épocas, notables bibliotecas oficiales, la Nacional, la riquísima de Palacio, la de la Universidad y del Instituto de San Isidro, las de las academias y algunas particulares tan notables como la de Medinaceli, rica de 25.000 volúmenes, la del Sr. Cánovas del Castillo, que tiene las más notables obras modernas, y otras.

Pero la biblioteca particular, casera, ésa que se encuentra en casa de cualquier inglés, de cualquier francés, ésa no se conoce apenas entre nosotros... [...] En lo que hemos adelantado menos es en la biblioteca. Causa asombro ver las casas de algunos personajes que figuran en primera línea en la política, porque no se encuentra en ellas ni media docena de libros notables.

Infinidad de médicos, de abogados, de doctores en otras facultades, no tienen en su casa más que los libros profesionales, y las de muchos ricos capitalistas de Madrid podríamos citar en que es difícil hallar un solo libro.

La mayor parte de los diputados, los representantes del país, que parece que debían ser de lo más culto de la nación, viven en Madrid casi todo el año en casas de huéspedes o en fondas, donde no tienen un volumen al alcance de la mano...⁸.

Aún contando con la imprecisión, hiperbólica y generalizadora, que configura tan desalentador panorama, hemos de creer en la excepcionalidad de este tipo de bibliotecas. La propia fama admirativa de « sabio » que le atribuían a García Soler sus convecinos cultos da que pensar sobre el respeto que imponía hacia 1890 la acumulación de 1.500 libros en la casa de un especialista en derecho mercantil y economía política afincado en una pequeña capital de provincia de 50.000 habitantes. Con todo ello, si ya fue rareza el reunir aquel millar largo de volúmenes, mucho más lo fue el que los García Soler tomaran la decisión de catalogarlos cuidadosamente en sendos índices de autores y de

8. K., « Los libros », *El Resumen*, 26-XII-1888, pág. 1.

títulos, con anotaciones topográficas y otras observaciones que hoy permiten reconstruir con bastante fidelidad una imagen de su dispersa biblioteca.

El contexto local (bibliotecas, librerías y encuadernadores)

En el contexto local las bibliotecas particulares de cierta significación en el siglo XIX fueron escasas. De las pertenecientes a familias aristocráticas sólo ha sobrevivido la del marqués del Bosch, rica en rarezas de la imprenta alicantina, accesible para muy contadas personas. Peor suerte corrieron colecciones de la segunda mitad del siglo, como las de los hermanos Sánchez Palacio o la del poeta Rafael Campos Vassallo. Sabemos que la del escritor Nicasio Camilo Jover (1821-1881), autor de una *Reseña histórica de la ciudad de Alicante*, era la envidia del Barón de Mayals, Alejandro Harmsen (1840-1898)⁹, éste a su vez dueño de otra importante biblioteca que constaba, por lo menos, de 55 armarios, según se deduce de tejuelos adheridos a libros y cajas de folletos que fueron de su propiedad, salidos al mercado anticuario. Libros de otros notables actores de la vida cultural de la ciudad como el catedrático de Historia Natural, Manuel Ausó y Monzó (1814-1891), castelarista, fundador de *La Revelación*, publicación pionera del espiritismo español, se vendían hace treinta y cinco años en la librería madrileña de Estandisla Rodríguez; y volúmenes del liberal Juan Antonio Masanet Abad (1855-1913), alimentaron –como los de José García Soler– los fondos, en constante renovación, de la Librería Lux, al filo del último cuarto del siglo XX.

A partir de la Revolución de 1868 se abrió al público por disposición legal la biblioteca del instituto de segunda enseñanza, cuyos fondos, según las *Memorias* anuales del centro, pasaron de 200 volúmenes en 1854, a 5.000 en 1859, y a 8.762 en 1872. García Soler pudo ser usuario de derecho de esta biblioteca entre 1862 y 1869, periodo en que cursó su bachillerato en letras.

Tampoco disponemos de datos precisos sobre la lectura y el negocio de librería en Alicante durante el último tercio del siglo XIX, en años de crecimiento demográfico y urbano de la ciudad favorecido por el tratado de vinos con Francia. Años en que se estaba asentando con todo su prestigio la idea burguesa de la cultura escrita como instrumento de la opinión democrática y del bienestar material. Los datos estadísticos de la contribución industrial rescatados por Jean-François Botrel¹⁰ indican que en la provincia contribuían como librerías siete establecimientos en 1863, reducidos a cuatro en 1879, a tres en 1893 y a uno en 1903. Según Rico García, hacia 1900 había en la capital

9. Cfr. Manuel Rico García, *Bosquejo histórico de la imprenta en Alicante en el siglo XIX*, ed. de Rafael Martínez Morellá, Alicante, Comisión Provincial de Monumentos, 1961, pág.^s 12-16.

10. Jean-François Botrel, *La diffusion du livre en Espagne (1868-1914)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1988, pág. 125.

tres librerías que sobrevivían gracias a la venta de textos escolares y material de escritorio. Sin embargo, tal regresión no parece en consonancia con la reducción del nivel de analfabetismo, ni con el incremento de lectura testimoniado por otros indicadores como el número de publicaciones periódicas (diarios, semanarios) que, tras el impulso propiciado por la Ley de Imprenta de Sagasta (1883), se mantuvo estable en los años de la Regencia (1881-1890: 30 títulos; 1891-1900: 25 títulos). El propio Rico García señalaba la paradoja de que en una ciudad donde se leía mucho no hubiese librerías. Quizá la explicación se halle en la extendida práctica de vender libros en papelerías, administraciones de periódicos, imprentas y talleres de encuadernación, incluso, en las sacristías de algunas iglesias, lo que daba lugar a una polivalencia de actividades que prestaba un impreciso contorno al negocio librero, también advertido por Botrel¹¹.

¿Dónde compraba sus libros García Soler? En los ejemplares localizados que fueron de su propiedad sólo aparece el sello de la librería de Luis Parreño Ibarra, sucesor de Pedro Ibarra, en la calle Mayor. Por indicios semejantes sabemos también que en sus viajes a Madrid el abogado frecuentaba la céntrica Librería de San Martín, Puerta del Sol, 8, donde en fecha posterior a 1881 adquirió la segunda edición de *Solos* de Clarín. Hay también algún ejemplar de teatro en catalán (Guimerá) con el sello de la librería Franquet y Serra (Platería, 12, Gerona).

El abogado mandaba encuadernar invariablemente sus libros en holandesa piel, marcados con sus iniciales J. G. S. en la parte inferior del lomo. En Alicante hubo en el último cuarto del XIX varios encuadernadores, algunos de ellos también impresores (Vicente Lledó, Juan Esplá, Vicente Botella, Francisco Casanova), pero en los volúmenes localizados no hay indicios del taller que le prestaba sus servicios.

Organización de la biblioteca de J. G. S.

Los mencionados índices se recogen en dos libros rayados, apaisados, de 32 x 22 cm, de tipo comercial sin marca de fábrica, encuadernados en tela, alfabetizados mediante pestañas escalonadas en el corte lateral y 200 páginas foliadas. Cubiertas con orlas florales estampadas en negro y marbete simulado en la delantera para indicar el contenido.

Índice por autores de la Biblioteca, enc. roja

Separados con líneas verticales trazadas a mano con tinta negra aparecen siete campos de registro:

| N.º de orden | Autores | Títulos de las obras | Volúmenes | Armario | Estante | Observaciones |

11. *Ibid.*, pág.^s 123-124 y 203-228.

Índice por obras de la Biblioteca, enc. marrón

Con las mismas características que el anterior y variación en los campos:

| N.º de orden | Títulos de las obras | Volúmenes | Armario | Estante | Autores | Observaciones |

Como puede verse estos índices eran a la vez catálogo de autores-títulos y topográfico.

En principio el número de orden no implicaba registro cronológico de adquisición. En las hojas reservadas a cada letra se asientan, sin exacto orden alfabético ni numérico, los autores o títulos correspondientes. La regularidad de la caligrafía atestigua, en un elevadísimo porcentaje de casos, que los asientos se anotaron sin atender a la fecha real de ingreso. El número era un indicador topográfico puesto en los volúmenes mediante un tejuelo con grandes caracteres impresos en negro, adherido a la parte superior del lomo. Seleccionados los libros por asuntos o por tamaños, en cada una de las lejas se ordenaban por números de menor a mayor, cualesquiera que fueran éstos. Los libros se buscaban desde la letra correspondiente en los índices consultando las columnas de armario, estante y número de orden.

La familia García Soler, como queda dicho, cambió de domicilio hacia 1895 y con toda probabilidad fue después de esta fecha cuando decidieron reorganizar su biblioteca para adaptarla al nuevo espacio. Por ello, sólo en los asientos finales de algunas letras el orden numérico coincide con el de adquisición, al tratarse de libros ingresados después de la confección de los índices. Por ejemplo en la letra B del *Índice de autores*, el último registrado es V. Blasco Ibáñez: *Entre naranjos* (n.º 1259) y *La Barraca* (n.º 1291). En la letra N, el último registro se asigna a Nietzsche, *Así hablaba Zaratrusta [sic]* (n.º 1211). Estos registros escritos con distinta caligrafía, que suelen corresponder a ediciones de fines del XIX y principios del XX, son escasos y parecen indicio del desuso en que cayeron ambos índices como libros de entradas. Su utilización debió de reducirse a la búsqueda de los libros ya registrados. Por ello las únicas adiciones significativas corresponden a rectificaciones y a cambios de sitio de algunos ejemplares. Detalle importante es que en el registro de colecciones facticias se añadía en el campo de « Observaciones » el lugar de orden que ocupaba cada unidad en el volumen del que formaba parte.

Puede afirmarse que no hay indicios de bibliofilia inmanente en los casi 1.400 volúmenes registrados, aunque entre ellos se encuentren algunos impresos valiosos del siglo XVIII. La biblioteca se nutrió preferentemente de la actualidad bibliográfica aunque, desde nuestra perspectiva, adquiera un intenso aroma de época y un crecido valor mercantil, al haberse convertido muchos de sus volúmenes en caza mayor para coleccionistas del siglo XXI. Este carácter funcional, en

estrecha correspondencia con la producción bibliográfica del periodo 1870-1900, confiere al conjunto de la colección una coherencia ejemplar, particularizada por la selección de autores contemporáneos, a través de la cual se traslucen los gustos, globales e individuales, de los miembros de la familia. Que esta biblioteca fue un bien compartido por las tres personas permite sospecharlo el que en los índices haya tres caligrafías: redondilla, española –las más abundantes– e inglesa, que, por comparación con algunos autógrafos en documentos oficiales, parece del abogado. Toda la familia debió de participar en su confección.

La interrupción de los asientos se produjo bruscamente en 1903. Es posible que este hecho, difícil de explicar, estuviera motivado por el matrimonio de la hija (hacia 1900) lo que permitiría suponer que era ella la responsable principal del mantenimiento de la biblioteca. No obstante, García Soler siguió adquiriendo libros después, como prueba que en poder de varios clientes de la Librería Lux haya por lo menos 45 títulos de su pertenencia, fechados entre 1901 y 1907, que no se anotaron en los índices ni llevan tejuelo. Entre ellos la *Información promovida por la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid* en el curso de 1901 a 1902, *La voluntad* (Martínez Ruiz, 1902); *Del vivir* (Gabriel Miró, 1904) o *Defensa de costas* (Emilio Díaz Moreu, 1907), los dos últimos dedicados. Como éstos pudo haber unos cuantos más. Sabemos que García Soler estuvo delicado de salud en sus últimos años, pero no por ello abandonó su vida social e intelectual. Incluso en este tiempo preparó su único libro memorial sobre los avatares de la construcción de la nueva cárcel alicantina (1909) que tampoco llegó a registrarse en sus índices.

La recuperación material de esta biblioteca es prácticamente imposible puesto que sus fondos ya se han agotado en la librería que los comercializó durante más de treinta años. Sólo un corto número de volúmenes, en poder de los clientes más asiduos, permiten una descripción bibliográfica directa de ejemplares que pertenecieron a García Soler. En los restantes casos, cualquier intento de catalogación habrá de ser razonado en diverso grado. Determinadas obras de edición única, o descritas con particular precisión en los índices, permiten suplir con facilidad la desaparición del original, con ayuda de repertorios y catálogos (especialmente de la Biblioteca Nacional y del Patrimonio Bibliográfico). Cuando la obra consta de varias ediciones, se hace preciso recurrir a la crítica bibliográfica para formular hipótesis mediante razones cronológicas o de prestigio editorial. En un reducido número de casos no es posible encontrar el referente por lo que en el catálogo, en curso de elaboración, sólo se consignará la anotación manuscrita de los índices.

Jerarquización de espacios. Cambios de ubicación

Convertir el propio domicilio en casa-biblioteca conlleva una inevitable jerarquización de los espacios disponibles que viene a determinar en muchos casos la importancia que el propietario concede a los diversos volúmenes, bien por su rareza bibliográfica, bien por su valor de uso.

En la casa de José García Soler, según se deduce de las anotaciones de los índices, los libros se repartían en tres espacios principales: « Salón », « Despacho » y « Armarios ». Un cuarto espacio, definido como « Librería de la Huerta » se situaba en el exterior. En cambio, no consta el « Estudio », donde estaba la biblioteca musical de que hablaba Óscar Esplá.

La mayor parte de los libros estaba en los armarios, que eran cuatro. No es posible saber si se trataba de armarios bajos de cuatro baldas, separadas por unos 35 o 40 cm, o si las estanterías con libros ocupaban la parte superior del mueble, dedicándose el cuerpo inferior al archivo de otros documentos. En cualquier caso, de la reconstrucción virtual del catálogo se deduce que uno de los criterios para agrupar los libros en los estantes era el del tamaño, que se trataba de compatibilizar con el de materias.

En la parte superior de lo que en los índices se denomina genéricamente « Biblioteca » – ¿armario?– se colocaban tumbos los volúmenes de revistas y periódicos de gran formato, como la *Atala* de Chateaubriand (Montaner y Simón, con dibujos de Doré), diversas *Ilustraciones* así como más de veinte tomos del mencionado diario alicantino *La Unión Democrática*, que García Soler coleccionó entre 1879 y 1901. Por otro lado, un lote selecto de volúmenes procedentes de diversos estantes fue recolocado en el salón, lugar de honor de la casa donde, al parecer, se constituyó el *Sancta sanctorum* de la colección. Igualmente no menos de ochenta y cinco volúmenes, en su mayor parte novelas y folletines, fueron dados de baja en sus signaturas originarias y trasladados a la mencionada « Librería de la huerta », quizás una vivienda de recreo, situada en alguna de las partidas rurales contiguas a la capital.

Si hemos de atenernos al número de registro más alto recogido en los índices, la biblioteca de García Soler alcanzó 1.362 volúmenes. Pero hay omisiones en el catálogo que alteran algo este número. Las colecciones facticias de libros y de folletos, que iban de dos a quince unidades bibliográficas, llevaban un solo tejuelo ordinal. Y al revés, a un solo título podían corresponder varios volúmenes, cada uno con su propio tejuelo identificador. Todo ello explica que el número de títulos difiera del número de volúmenes, y que este último tampoco coincida con el número de registro más alto.

Véase resumida en los siguientes cuadros la distribución de dichos títulos en los mencionados espacios (Armarios, Salón, Despacho y Huerta) y la distribución de los libros en los cuatro estantes de cada armario:

	N.º de títulos	N.º de volúmenes	
Armarios:	1	268	321
	2	249	270
	3	154	285
	4	270	311
Salón	53	38	
Despacho	43	7	
En la lib. ^a huerta	82	49	
Sobre la biblioteca	9	38	
Lugar impreciso	5		
No constan	39	8	
Totales	1.172	1.327	

*Cuadro n.º 1:
Distribución los libros por espacios
(Armarios, Salón, Despacho y Huerta)*

	Estantes	N.º de títulos	N.º de volúmenes
Armario 1	1	64	42
	2	113	104
	3	90	55
	4	1	120
Armario 2	1	65	60
	2	152	58
	3	28	69
	4	4	83
Armario 3	1	11	26
	2	12	66
	3	129	114
	4	2	79
Armario 4	1	223	66
	2	12	53
	3	22	98
	4	13	94

*Cuadro n.º 2:
Distribución de los libros en los cuatro estantes de cada armario*

Aunque es difícil determinar la materia y los géneros de bastantes obras, cabe aventurar una distribución porcentual que no debe de alejarse mucho de la realidad:

Materias	N.º de títulos	%
Literatura	333	28,42 %
Derecho	237	20,22 %
Teatro	190	16,22 %
Política	80	6,82 %
Historia, biografía	25	2,13 %
Economía	24	2,04 %
Alicante	24	2,04 %
Filosofía	21	1,80 %
Pedagogía, educación	21	1,80 %
Espiritismo	20	1,70 %
Cinegética	15	1,28 %
Religión	14	1,20 %
Socialismo	8	0,68 %
Viajes y guías	6	0,52 %
Toros	4	0,34 %
Masonería y sociedades secretas	3	0,25 %
Otras	147	12,54 %

*Cuadro n.º 3:
Distribución de títulos por materias*

La hemeroteca no tenía entidad independiente dentro del conjunto. Estaba formada por más de quinientos volúmenes: revistas jurídicas, de pensamiento y crítica (*Revista Contemporánea*, *La España Moderna*, el *Nuevo Teatro Crítico* de la Pardo Bazán...), ilustraciones y semanarios gráficos de actualidad (*Madrid Cómic*, *Nuevo Mundo*, *Blanco y Negro*), boletines de sociedades (Económica de Amigos del País, ILE), diarios oficiales y periódicos locales, correspondientes a treinta y dos títulos incluidos en los cuadros anteriores.

La jerarquización de contenidos se hace particularmente notoria en el salón, mientras que en los armarios, donde se concentraba el grueso de la biblioteca, predominan criterios más funcionales.

En el salón se concentraba una selecta miscelánea de culto que abarcaba manuscritos valiosos, temas locales, filosofía, educación, masonería, religión, espiritismo, poesía, higiene y algunas publicaciones periódicas que, en su conjunto, desvelan las preferencias y convicciones familiares más arraigadas.

Entre las rarezas literarias, quizás uno de los libros más antiguos de la colección fuera el de *Obras sueltas de D. Juan de Yriarte* (1774). Pero la joya bibliográfica era, sin duda, un ejemplar de los *Estatutos para el Gobierno de la ciudad de Alicante...* (Orihuela, Jaime Mesnier, 1699).

Había traducciones de Rousseau (*Las confesiones*), de *Los Evangelios anotados* por P. J. Proudhon, de Baruch Spinoza y, sobre todo, de Krause a través de su exégeta Guillaume Tiberghien en versiones de García Moreno, Lizarraga, Salmerón, González Serrano o H. Giner de los Ríos.

Géneros	N.º de títulos	%
Obras de consulta, (diccionarios, enciclopedias)	14	1,20 %
Derecho procesal y práctica forense	61	5,20 %
Derecho civil	43	3,66 %
Derecho penal	25	2,13 %
Derecho mercantil	15	1,28 %
Economía política	14	1,20 %
Derecho administrativo	12	1,02 %
Derecho internacional	10	0,85 %
Derecho foral	9	0,77 %
Derecho canónico	6	0,52 %
Derecho romano	4	0,34 %
Derecho natural	3	0,25 %
Derecho político	3	0,25 %
Jurisdicción militar	3	0,25 %
Oratoria	9	0,77 %
Literatura narrativa	251	21,42 %
Poesía	37	3,16 %
Ensayo	19	1,62 %
Crítica literaria	18	1,55 %
Teatro	190	16,22 %
Otros	426	36,34 %

Cuadro n.º 4:
Distribución de títulos por géneros

El núcleo de la sección lo formaba una veintena de obras que respondían a la extendida compatibilidad práctica entre progresismo, idealismo científico, religión y espiritismo, entre ellos *La pluralidad de los mundos habitados* y las *Narraciones del infinito* de Flammarion; *El libro de los mediums* y *El cielo y el infierno ó la Justicia divina según el espiritismo* de Allan Kardec; *La razón del espiritismo* de Michel Bonnamy; o *Después de la muerte o La*

vida futura según la ciencia de Louis Figuier. No faltaban almanaques y otras publicaciones periódicas españolas espiritistas, como *La Revelación*, ni tampoco el novelesco testimonio « mediumnico » de Daniel Suárez Artazu, *Marietta. Páginas de dos existencias y páginas de Ultratumba* del que hubo numerosas ediciones hasta bien entrado el siglo XX.

Tiene su lógica que, junto al difundidísimo libro de higiene conyugal de J. Morel de Rubempré *Los secretos de la generación o el Arte de engendrar niños o niñas según se quiera*, se situara también en el salón el controvertido libro casuista del jesuita Tomás Sánchez, *Moral jesuítica o sea Controversias del Santo Sacramento del matrimonio*, reeditado en 1887 y leído con morbo por los anticlericales españoles de la Regencia.

En el despacho había dos tomos de teatro de Lope, Tirso y Calderón, quizá indicadores de las preferencias canónicas del abogado en materia dramática, y cinco años del semanario *Blanco y Negro* que por sus tejuelos permiten confirmar el momento en que se catalogó y arregló la biblioteca: los tomos de 1896, 1897 y 1898 están registrados con los números 97, 98 y 99, que no corresponden a la formación cronológica de la colección, mientras que a los de 1899 y 1900 se asignan los registros 1271 y 1277, añadidos en sus respectivas fechas de encuadernación cuando el cuerpo antiguo del catálogo (anterior a 1898) ya había sido reorganizado.

Los cuatro armarios albergaban el grueso de la bibliografía de referencia profesional: monografías y manuales de todas las ramas del derecho, textos de códigos y de leyes, revistas de legislación y jurisprudencia, transcripción de procesos célebres, antropología criminal, política, economía, sociología y folletos varios encuadernados en colecciones facticias. Entre los autores Joaquín María López, Labra, Francisco Giner de los Ríos, Lombroso, Ferri, Macaulay y Andrés Cassard cuyo monumental *Manual de la masonería* (1871), con láminas cromolitográficas de Ramón Puiggarí, quizás sea indicio de la condición masónica del dueño.

Pese al interés del abogado zorrillista por el problema social faltan en su colección clásicos del pensamiento internacionalista: no aparecen ni Bakunin, ni Marx. En cambio, figuraban en el catálogo *El contrato social* y diversos títulos de Proudhon, Fernando Garrido, Sánchez Ruano, Teobaldo Nieva, Martín de Olías, Sanromá y Azcárate.

El contenido de las secciones literarias permite suponer dos líneas dominantes en el gusto del propietario: por un lado, los escritores admirados universalmente, con preferencia españoles y franceses, de Pérez Galdós a Zola, y de Clarín a Daudet, sin olvidar a Víctor Hugo y a los románticos; por otro, la de colegas, amigos y autores locales, con los que se supone una convivencia cotidiana cordial según dejan entrever algunos de los cuarenta y cinco ejemplares dedicados que había en la biblioteca. Entre ellos, la dedicatoria de Pi y Margall (*Las nacionalidades*, 1876) evoca el federalismo del joven García Soler. En otros casos testimonian relaciones puntuales

con periodistas y políticos de Madrid aficionados al clima alicantino, como Ortega Munilla (hacia 1880) y Francisco Alcántara (1897), ambos de *El Imparcial*. La vinculación del abogado a la órbita institucionista se hace más patente a través de dedicatorias de Rafael María de Labra (cuatro libros); dos de A. Sardá y de Martos Jiménez, y tres de Hermenegildo Giner de los Ríos, que fue catedrático del Instituto de Alicante. La mayor parte de los restantes ejemplares dedicados nos remiten a publicistas locales de ideología y edades diversas, desde Alejandro Harmsen (m. 1898) a Gabriel Miró (n. 1879).

No muy abundante es la presencia de libros en valenciano. Obras de escritores progresistas (Bernat i Baldoví, Constantí Llobart), junto con algún diccionario, atestiguan cierto interés por la recuperación literaria de una lengua que con toda probabilidad se hablaría familiarmente en el hogar de los García Gomis.

En cuanto a las huellas del *lector in libro* definido por Jean-François Botrel, se limitan a los habituales subrayados en las portadas, indicadores de los datos que el encuadernador debía imprimir en el lomo, y a los sumarios del contenido de las colecciones facticias, escritos por el propietario de su puño y letra en el reverso de las guardas anteriores de cada volumen. Aparte de esto no se observan anotaciones en los textos, ni marcas de dobles en los cantos, ni otro tipo de señales efímeras. De los ejemplares que he podido examinar se deduce que los propietarios eran muy cuidadosos: sus libros no están mareados ni fatigados, no conservan restos de tabaco o de ceniza entre sus páginas, y apenas presentan efectos de humedad o de agentes biológicos.

Prescindo aquí de una descripción más precisa de la nómina de autores que desbordaría los límites de este artículo. No obstante, albergo la esperanza de que lo expuesto despierte alguna curiosidad por esta biblioteca, de cuyo catálogo razonado espero dar cumplida cuenta en un futuro próximo, reseñando los pocos libros localizados en manos de particulares y recuperando virtualmente las referencias de los restantes volúmenes que la pasión bibliófila llevó a huertos ignorados.